

Ava

*Congregamus maleficae*

Merizalde tenía roto el corazón; empero, lo realmente sobrecogedor era que cuando a una Bruja se le desgarraba el alma, la herida invisible la percibía todo su aquelarre, de tal forma que el dolor agregado de las cuatro hechiceras de la Villa de la Candelaria de Medellín podría malbaratar la población entera desde su propio germen.

La congoja de Merizalde había sido causada por el fotógrafo Melitón Rodríguez quien la había contratado para ejercer los oficios domésticos en un viejo edificio del barrio Guanteros en el apabullante corazón de la Villa. La Bruja estilaba admitir con orgullo haber usado sus mágicos encantos para pillar ese puesto que la acercaba al que consideraba el autor de sus quimeras: el propio Melitón.

Merizalde anhelaba con vehemencia ser retratada. Jemima, Rosalía y Lidia, las otras Brujas del aquelarre, le habían insistido a Merizalde en conseguir un retrato pintado, no obstante, Merizalde se había negado categóricamente y había decidido que hechizaría a Melitón, pero para que él mismo la fotografiara. Consideraba que una pintura era insuficiente y, por lo general, desprovista del espíritu del numen que incitaba las pinceladas. En cambio, las fotografías contenían intactas a las musas que ingresaban a la caja negra a través de la lente.

No bien comenzó esta empresa, Merizalde descubrió, no sin una creciente ira, cuán infructuosa era. Probó encantamientos recitados al despedirse y maleficios poderosos conjurados por la mismísima Circe. Pero sin importar la fuerza u oscuridad del hechizo, Melitón parecía ser inmune a los designios de Merizalde y no mostraba ningún interés en fotografiarla. Hasta que un día, aun con todas las precauciones que había tomado Merizalde, so pena de ser descubierta, Melitón la halló mezclando un brebaje púrpura en su taza de café. Unas horas más tarde, la Bruja solo recordaría los alaridos de Melitón afirmándole que, pese a los cotilleos de la Villa, él siempre había dudado de su naturaleza, pero ahora, al verla en flagrante, se sentía traicionado. Inicialmente Merizalde se preguntó cómo había podido ser tan estólida y luego de eso, solo atinó a llorar y a confesarle a Melitón su más profundo deseo. Posterior a lo cual, graznando de nuevo, Melitón aseveró que ella no era digna de ser retratada. Bastó este agravio para que las lágrimas de Merizalde cesaran y ella, hecha un torbellino de vesania, saliera en busca de sus hermanas hacia la plaza central de la Villa.

Cabalgó por la calle de Ayacucho sin prestarle mucha atención a la pesarosa puesta de sol de ese día, que se mostraba como mal augurio. Mientras tanto, convocaba mentalmente a sus hermanas mediante un breve artificio *congregamus maleficae*. Cuando llegó a la plaza narró lo sucedido a sus hermanas, al tiempo que su evidente sed de venganza avivaba los incipientes tronidos que se gestaban en aquel fragmento de cielo antioqueño. Inmediatamente después, las cuatro Brujas se enfilaron al Cementerio de San Pedro para efectuar el ritual de Hécate.

Merizalde y su aquelarre tenían muy claro que realizar ceremonias antiguas en el cementerio era menester, debido a un hecho simple e implícito; la ciudad de los muertos es una réplica de la ciudad de los vivos. Al llegar allí, encantaron al guardián de los terrenos del cementerio para poder ingresar a sus anchas. Ya en la plazuela principal, las cuatro brujas se formaron equidistantes, una por cada punto cardinal. A continuación,

encendieron una vela entre cada una de ellas y arrojaron una mezcla de huesos humanos, uñas de gato, veneno de araña y cabello de Melitón. Merizalde deseó desde lo más profundo de sus entrañas que el hombre de mal corazón pagara con su vida por lo que había ocasionado. Sin más, inició un poderoso sortilegio: *Ignis annihilare corde malum quia ignis occidere malefica non potest*. A la voz de Merizalde se unieron las de Lidia, Rosalía y Jemima en un bucle pernicioso, *que el fuego destruya el corazón malo, porque el fuego no puede matar a una bruja*. De repente, un fuego fatuo apareció sobre el batiburrillo de objetos y una borrasca se desató sobre toda la Villa dando por concluido el encantamiento.

Hasta el día de hoy, los historiadores no se explican cómo en el año de 1895 la muerte arrasó con tantos hombres en la Villa de Medellín, ni tampoco cómo, después de ese año, la fama de Melitón Rodríguez se acrecentó por toda la nación. Lo que ellos no saben, es que el encantamiento nunca surtió efecto en los hombres de buen corazón como el de Melitón.